

Inglesas.

Tambien los ingleses enviaron una division compuesta de soldados suyos y portugueses. Pidió aquel socorro á Lord Wellington la junta de Cádiz por medio del cónsul británico y de Lord Burghest, que al efecto partió á Lisboa ántes que se supiese la venida á la isla del duque de Albuquerque. Llegó á ascender en marzo esta fuerza auxiliar á unos 5000 hombres, reemplazando en el mismo mes en el mando de ella á su primer gefe Stewart el general Sir Tomas Graham. La guardia de la plaza de Cádiz se hacia en parte por la milicia urbana y por los voluntarios, cuyos batallones de vistoso aspecto los formaban los vecinos honrados y respetables de la ciudad, constando su número de unos 8000 hombres, incluso los que se levantaron extramuros y en la isla de Leon: servicio que si bien penoso, era desempeñado con celo y patriotismo, y que descargaba de mucha faena á las tropas regladas.

Fuerza marítima. Recio temporal en Cádiz.

Siendo esencial la marina para la defensa de posición tan costanera, fondeaban en bahía una escuadra británica á las órdenes del Almirante Purvis, y otra española á las de Don Ignacio de Alava. Padedieron ambas gran quebranto en un recio temporal acaecido en el 6 de marzo y dias siguientes: de la inglesa se perdió el navio portuges María, y de la nuestra perecieron otros tres de línea, una fragata y una corbeta de guerra con otros muchos mercantes. Los franceses se portaron en aquel caso inhumanamente, pues en vez de ayudar á los desgraciados que arrastraba á la costa la impetuosidad del vien-

to, hicieronles fuego con bala roja. Varados los buques en la playa, ardieron casi todos ellos. No cesando por eso los preparativos de defensa, se armaron asimismo fuerzas sutiles mandadas por Don Cayetano Valdes, que vimos herido allá en Espinosa. Eran estas de grande utilidad, pues arrimándose á tierra é internándose á marea alta por los caños de las salinas, flanqueaban al enemigo y le incomodaban sin cesar.

Cuando se supo que los franceses avanzaban, comenzóse, aunque tarde, á destruir y desmantelar todas las baterías y castillos que guarnecian la costa desde Rota, y se extendian bahía adentro por Santa Catalina, Puerto de Santa María, rio de San Pedro, Caño del Trocadero y Puerto Real, pues Cádiz estaba mas bien preparado para resistir las embestidas de mar que las de tierra, siendo dificultoso vaticinar que tropas francesas, descolgándose del Pirineo y atravesando el suelo español, se dilatarian hasta las playas gaditanas.

Confiados los franceses en esto, en el descuido natural de los españoles, y en el desánimo que produjo la invasion de las Andalucías, miraban á Cádiz como suyo, y en ese concepto intimaron la rendicion á la ciudad y al ejército mandado por el duque de Albuquerque. Para el primer paso se valieron de ciertos españoles parciales suyos que creian gozar de opinion é influjo dentro de la plaza, los cuales el 6 de febrero hicieron desde el Puerto de Santa María la indicada intimacion. La junta superior

Intiman los franceses la rendicion.

contestó á ella con la misma fecha sencilla y dignamente, diciendo: „La ciudad de Cádiz, fiel á los principios que ha jurado, no reconoce otro rey que „al Señor Don Fernando VII.” Aunque mas extensa igualmente fué vigorosa y noble la repuesta que dió sobre el mismo asunto al mariscal Sault, el duque de Albuquerque. De consiguiente por ambos lados se trabajó desde entónces con grande ahinco en las obras militares: los franceses para abrigarse contra nuestros ataques y molestarnos con sus fuegos; nosotros para acabar de poner la isla gaditana en un estado inexpugnable. Así pues corrió el mes de febrero sin choque ni suceso alguno notable.

Tales y tan extensos medios de defensa pedian por parte de los españoles recursos pecuniarios, y método y órden en su recaudacion y distribucion.

La junta de Cádiz encargada del ramo de hacienda.

La regencia solo podia contar con las entradas del distrito de Cádiz y con los caudales de América. Dificil era tener aquellas si la junta no se prestaba á ello, y aun mas dificil aumentar sin su apoyo las contribuciones, no disfrutando el gobierno supremo dentro de la ciudad de la misma confianza que los individuos de aquella corporacion, naturales del suelo gaditano ó avencidados en él hacia muchos años.

Obvias reflexiones que sobre este asunto ocurrieron y el triste estado del erario, promovieron la resolucion de encargar á la junta superior de Cádiz la direccion del ramo de hacienda. Desaprobaron muchos, particularmente los rentistas, semejante de-

terminacion, y sin duda á primera vista parecia extraño que el gobierno supremo se pusiera, por decirlo así, bajo la tutoria de una autoridad subalterna. Pero siendo la medida transitoria, deplorable la situacion de la hacienda y arraigados sus vicios, los bienes que resultaron aventajáronse á los males, habiendo en los pagamentos mayor regularidad y justicia. Quizá la junta mostróse á veces algun tanto mezquina, midiendo el órden del estado por la encogida escala de un escritorio; mas el otro extremo de que adolecia la administracion pública, perjudicaba con muchas creces al interes bien entendido de la nacion. Adoptóse en seguida para la buena conformidad y mejor inteligencia un reglamento que mereció en 31^a de marzo la aprobacion de la regencia.

(1 Ap. n. 4.)

Ya ántes, si bien no con tanta solemnidad, estaba encargada del ramo de hacienda, habiéndose suscitado entre ella y varios gefes militares, principalmente el duque de Albuquerque, desazones y agrios altercados. Escuchó tal vez el último demasiadamente las quejas de los subalternos avezados al desórden, y la junta no atendió del todo en sus contestaciones al miramiento y respetos que se debian al duque. Esto y otros disgustos fueron parte para que dicho gefe dejase el mando del ejército de la isla al acabar marzo, nombrándole la regencia embajador en Lóndres. En aquella capital escribió mas ádelante un manifiesto muy descomedido contra la junta de Cádiz, la cual, aunque en

Sus altercados con Albuquerque.

Deja este el mando del ejército y pasa á Lóndres.

defensa propia, replicó de un modo atrabilioso y descompuesto. Contestacion que causó en el pundonoroso carácter del duque tal impresion, que á pocos dias perdió la razon y la vida; fin no debido á sus buenos servicios y patriotismo.

Entre no pocos afanes y obstáculos la junta de Cádiz continuó con celo en el desempeño de su encargo. Impuso una contribucion de cinco por ciento de exportacion á todos los géneros y mercaderías que saliesen de Cádiz, y un veinte por ciento á los propietarios de casas, gravando ademas en un diez á los inquilinos. Con estos y otros arbitrios, y sobre todo con las remesas de América y buena inversion, no solo se aseguraron los pagos en Cádiz y la isla, y se cubrieron todas las atenciones, sino que tambien se enviaron socorros á las provincias.

Afianzada así la defensa de aquellos dos puntos tan importantes, convirtiéronse sus playas en baluarte incontrastable de la libertad española.

José había en todo este tiempo recorrido las ciudades y pueblos principales de las Andalucías, recreándose tanto en su estancia, que la prolongó hasta entrado mayo. Cuidaba Soult del mando supremo del ejército que apellidaron del mediodía, el cual constaba de las fuerzas ya indicadas al hablar del paso de la Sierramorena. Acogieron los andaluces á José mejor que los moradores de las demas partes del reino, y festejaronle bastantemente, por cuyo buen recibimiento premió á muchos con destinos y condecoraciones, y expidió varios decretos

Impone la junta nuevas contribuciones.

José en Andalucía.

Modo con que se reciben.

en favor de la enseñanza y de la prosperidad de aquellos pueblos. Nombró para establecer su gobierno y administracion en las provincias recién conquistadas comisarios regios, cuyas facultades á cada paso eran restringidas por el predominio y arrogancia de los generales franceses. Manifestó José en Sevilla su intencion de convocar córtés en todo aquel año de 1810, para lo que en decreto de 18 de abril dispuso que se tomase conocimiento exacto de la poblacion de España. Por el mismo tiempo trató igualmente de arreglar el gobierno interior de los pueblos, y distribuyó el reino en treinta y ocho prefecturas, las cuales se dividian á su vez en subprefecturas y municipalidades, remedando ó mas bien copiando en esto y en lo demás del decreto, publicado al efecto, la administracion departamental de Francia. Providencia que habiendo tomado arraigo hubiera podido mejorar la suerte de los pueblos; pero que en algunos no se estableció, desapareciendo en los mas lo benéfico de la medida con los continuos desmanes de las tropas extranjeras. La milicia cívica ya decretada por José en julio de 1809, y en la que se negaban por lo general á entrar los habitantes de otras partes, disgustó ménos en Andalucía, donde hubo ciudades que se prestaron sin repugnancia á aquel servicio.

Por ello y por el modo con que en aquellos reinos habia sido recibido el intruso, motejaron acerbamente á sus habitadores los de las otras provincias de España, tachando á aquellos naturales de

Sus providencias.

hombres escasos de patriotismo y de condicion blanda y acomodaticia. Censura infundada, porque las Andalucías, singularmente el reino de Granada, no solo habian hecho grandes sacrificios en favor de la causa comun, sino que igualmente al tiempo de la invasion estuvieron muy dispuestos á repelerla. Faltóles buena guia estando abatidas, y siendo de menguado ánimo sus propias autoridades. Cier- to es que en estas provincias era mayor que en otras el número de indiferentes y de los que anhelaban por sosiego, lo cual en gran parte pendia de que atacado tarde aquel suelo, considerábase á España como perdida, y tambien de que habiendo los habitantes sido de cerca testigos de los errores y aun injusticias de los gobiernos nacionales, ignoraban los perjuicios y destrozos de la irrupcion y conquista extranquera, males que no habian por lo general experimentado como lo demas del reino. Desengañados pronto empezaron á rebullir, y las montañas de Ronda y otras comarcas mostraron no menos bríos contra los invasores que las riberas del Llobregat y del Miño.

Vuelve á Mn.
3.ª p.

Las delicias y el temple de Andalucía, que recordaban á José su mansion en Nápoles, hubieran tal vez diferido su vuelta á Madrid, si ciertas resoluciones del gabinete de Francia no le hubiesen impelido á regresar á la capital, en donde entró el 13 de mayo: resoluciones importantes, y en cuyo examen nos ocuparemos luego que háyamos contado los movimientos que hicieron los franceses en otras

provincias de España, algunos de los cuales concurren con los de las Andalucías.

Tales fueron los que ejecutaron sobre Asturias y Valencia, juntamente con el sitio de Astorga. Tomó el primero á su cargo el general Bonnet. Manteniase aquel principado como desguarnecido, despues que al mando de Don Francisco Ballesteros se alejó de sus montañas la flor de sus tropas. Quedaban 4000 soldados escasos en la parte oriental hácia Colombres, y 2000 de reserva en las cercanías de Oviedo; sin contar con unos 1000 hombres de Don Juan Diaz Porlier, quien ántes de esta invasion de Asturias, abriendo portillo por medio de los enemigos, recorrió el país lleno de Castilla, tocó en la Rioja, y divirtiendo grandemente la atencion de los franceses, tornó en seguida á buscar abrigo en las asperezas de donde se habia descolgado. Linage de empresas que perturbaban al enemigo, y diferian por lo ménos si no trastrocaban sus premeditados planes.

Continuaban mandando en el principado el general Don Antonio Arce y la junta nombrada por Romana; permaneciendo al frente de la línea de Colombres Don Nicolas de Llano-Ponte. Este, no mas afortunado ahora que lo habia sido en la campaña de Vizcaya, cejó sin gran resistencia cuando en 25 de enero le atacaron 6000 franceses á las órdenes del general Bonnet. Los españoles, en verdad inferiores en número, solo hubieran podido sacar ventaja de algunos sitios favorables por su naturaleza.

Nueva invasion de Asturias.

Llano-Ponte.

Forzaron los enemigos el puente de Puro, en donde nuestra artillería bien servida les causó estrago. Llano-Ponte replegóse precipitadamente hácia el Infiesto, y el general Arce con las demas autoridades evacuaron á Oviedo, haciendo alto por de pronto en las orillas del Nalon.

Porlier.

Alteró algun tanto el gozo de los invasores la intrepidez de Don Juan Diaz Porlier, quien noticia de la irrupción francesa en Asturias, metióse en lo interior del principado viniendo de las faldas meridionales de sus montañas, en donde estaba apostado. Atacó por la espalda las partidas sueltas de los enemigos, cogió á estos bastantes prisioneros, y caminando la vuelta de la costa por Jijon y Aviles, se situó descansadamente en Pravia á la izquierda de las tropas y dispersos que se habian retirado con el general Arce. Imitaron á Porlier Don Federico Castañon y otros partidarios que se colocaron en el camino real de Leon, por cuyo parage con sus frecuentes acometidas molestaban á los contrarios.

Entra Bonnet en Oviedo.

El general Bonnet ocupó á Oviedo el 30 de enero, de cuya ciudad, como en la primera invasion, habian salido las familias mas principales. En esta entrada se portó aquel general con sobrada dureza, habiendo ejecutado algunos actos inhumanos: amansóse despues y gobernó con bastante justicia, en cuanto cabe, al ménos, en un conquistador hostigado incesantemente por una poblacion enemiga.

Evacua la ciudad.

A pocos dias de estar en Oviedo, temeroso Bonnet de los movimientos de Porlier y demas partida-

rios, desamparó la ciudad y se reconcentró en la Pola de Siero. Confiados demasiadamente los gefes españoles con tan repentina retirada, avanzaron de sus puestos del Nalon, se posesionaron de Oviedo, y apostaron en el puente de Colloto la vanguardia mandada por Don Pedro Bárcena. Los franceses que no deseaban sino ver reunidos á los nuestros para acabar con ellos mas fácilmente por la superioridad que les daba en ordenada batalla su práctica y disciplina, revolvieron el 14 de febrero sobre las tropas españolas, y atropellándolo todo recuperaron á Oviedo y asomaron el 15 á Peñafior, en cuyo puente los detuvieron algunos paisanos mandados animosamente por el oficial de estado mayor Don José Castellar, que ya se señaló allá en San Payo, y ahora quedó aquí herido.

Ocupala de nuevo.

Castellar y defensa del Puente de Peñafior.

Bárcena. Retiranse los españoles al Narcea.

Don Pedro Bárcena volviendo tambien á reunir su gente, á la que se agregaron otros dispersos, rechazó á los franceses en Puentes de Soto, y se sostuvo allí algun tiempo. Pero al fin amenazándole continuamente enemigos numerosos, juzgó prudente recogerse á la línea del Narcea, quedando solo sobre la izquierda en Pravia, orillas del Nalon, Don Juan Diaz Porlier. Encomendóse entónces el mando del ejército de operaciones al mencionado Bárcena, hombre sereno y de gran bizarría. Ayudaba en todo con sus consejos y ejemplo el coronel Don Juan Moscoso, gefe de estado mayor, que en el arte de la guerra era entendido y aun sabio.

Don Juan Moscoso.

El general Arce amilanado á la vista de los peli-

El general Arce.

gros de una invasion que le cogia desprevenido, resolvióse á dejar el mando de la provincia; mas ántes con intento de poder alegar que estaba concluida la comision que le habia llevado allí, determinó restablecer la junta constitucional que Romana á su antojo habia destruido, y para ello ordenó que los concejos nombrasen, segun lo hicieron, diputados que concurriesen á formar la citada corporacion; desmoronándose de este modo la obra levantada por Romana, obra de desconcierto y arbitrariedad.

Como quiera que fuese loable la medida de Arce, miróse esta como nacida de las circunstancias mas bien que del buen deseo de deshacer una injusticia y de grangearse las voluntades de los asturianos. Dió fuerza á la opinion que acerca de su partida enunciamos, el que dicho general y su compañero de comision el consejero Leiva se llevaron consigo, so color de sueldos atrasados, 16,000 duros. Pasa que debe severamente condenarse en un tiempo en que el hacendado y hasta el hombre del campo, se privaban de sus haberes por alimentar al soldado, á veces en apuros y en extrema desdicha.

La nueva junta se instaló en Luarca el 4 de marzo, y no desmayando con la ausencia de Don Antonio Arce, nombró en su lugar á Don José Cienfuegos, general de la provincia é hijo suyo; formando al mismo tiempo un consejo de guerra, con cuyo acuerdo se dirigiesen las operaciones militares.

De Galicia llegó luego en auxilio de Asturias

Conducta escandalosa de Arce y del consejero Leiva.

Nueva instalacion de la junta general del principado.

Auxilio de Galicia.

una corta division de 2,000 hombres, con lo que alentados los gefes determinaron atacar el 19 de marzo á las tropas francesas. Hizose así, acometiendo el grueso de nuestra fuerza del lado del puente de Peñaflo, al mismo tiempo que se llamaba por la derecha la atencion del enemigo, y que Porlier por la izquierda, embarcándose en la costa, caía sobre las espaldas á la orilla opuesta del Nalon. Ejecutada con ventura la maniobra, evacuó Bonnet á Oviedo y no paró hasta Cangas de Onís, así para reforzarse, como tambien para ir en busca de acopios y pertrechos de guerra, que solo muy escoltados podian llegar á su ejército.

Con mayor circunspeccion que en la ocasion anterior, se adelantaron esta vez los nuestros, sacando ademas de Oviedo todos los útiles de la fábrica de armas. Precaucion tanto mas oportuna, cuanto Bonnet engrosado y de refresco, tornó en breve y obligó á los nuestros á retirarse, enseñoreándose por tercera vez de la capital el 29 del mismo marzo. Los españoles se recogieron entónces á su antigua línea del Nalon, poniendo su derecha en el Padrunc, camino real de Leon, y su izquierda en Pravia.

Ni aun allí los dejaron quietos por largo tiempo los franceses, teniendo que refugiarse después de varios y reñidos choques, las tropas de Asturias y Porlier á Tineo y Somiedo, y la division gallega al Navia. Prosiguieron durante abril los reencuentros, sin que les fuese dable á los enemigos dominar del todo el principado.

Desampara Bonnet á Oviedo.

Se enseñorea por tercera vez de la ciudad.

Estado
de Galicia.

La ocupacion de este no se hubiera prolongado á haber puesto la junta del reino de Galicia mayor esmero en cooperar á que se evacuase. Dicha autoridad se hallaba instalada desde el mes de enero; y si bien contaba entre sus individuos hombres de conocido celo é ilustracion, no desplegó sin embargo la conveniente energía, desaprovechando los muchos recursos que ofrecia provincia tan populosa. Así ni aumentó en estos meses considerablemente su ejército, ni tampoco se atrevió al principio á poner debido coto á los atrevimientos y oposicion de la junta subalterna de Betanzos, harto desmandada.

Alboroto del
Ferrol. Muer-
te de Vargas

Con las reyertas que de aquí y de otras partes nacia, no solo se descuidaban los asuntos de la guerra, únicos entónces de urgencia, sino que se dió márgen á que en el mes de febrero gente aviesa suscitase en el Ferrol un alboroto. Fué en él víctima del furor popular el comandante de arsenales Don José María de Vargas, sirviendo de pretexto para el motin los atrasos que se debian á la maestranza. Restablecido el sosiego, formóse causa á algunas personas, y castigóse con el último suplicio á una muger del pueblo que se probó haber sido la que primero acometió é hirió al desgraciado Vargas.

La junta de Galicia disculpándose ademas, para no ayudar á Asturias, con los temores de que los franceses invadiesen su propio suelo por el lado de Astorga, cuya ciudad amenazaban y sitiaron lue-

go, desatendió las reclamaciones de aquella provincia, ni convino tampoco en adoptar la proposicion que su junta le hizo de nombrar de acuerdo ambas corporaciones un mismo gefe militar; puesto que la regencia, á causa de la distancia, no podia con prontitud acudir al remedio de los males que causaba la division.

Solo el general Mahy á quien se habia confiado el mando superior de las tropas de Galicia, procuró por sí y en cuanto pudo, auxiliar al principado. Mas el asedio de Astorga y tener que cubrir el Vierzo, obligábanle á permanecer en Lugo y Villafranca con las principales fuerzas de su ejército, que eran poco considerables.

Mahy, gene-
ral de las tro-
pas de aquel
reino.

No le incomodaron sin embargo tanto como temiera los franceses, cuya mira se enderezaba á Portugal; habiéndolos tambien detenido la defensa de Astorga, mas porfiada de lo que permitia la flaqueza de sus fortificaciones. Ciudad aquella antigua, nunca fué plaza en los tiempos modernos, cercándola un muro viejo flanqueado de medios torreones. Tres arrabales facilitaban su acceso, careciendo de foso, estacada y de toda obra exterior. La poblacion ántes de 600 vecinos, ahora menguada con sus muchos padecimientos. En el intermedio que corrió desde el anterior ataque del pasado octubre hasta el de esta primavera del año de 1810, se trató de mejorar el estado de sus defensas, fortaleciendo principalmente el arrabal de Reitibia con fosos, estacadas, cortaduras y pozos de lobo. Se formaron

Sitio de As-
torga.

cuadrillas de paisanos, y la guarnicion ascendia á unos 2800 hombres. Continuaba siendo gobernador Don José María de Santocildes.

En febrero estaban los franceses alojados en las riberas del Orbigo, hácia donde los nuestros para aumentar el repuesto de sus víveres, extendian las correrías. El 11 del mes el general Loison con 9000 hombres y seis piezas de campaña se presentó delante de la ciudad, haciendo el 16 intimacion de rendirse. Contestó á ella negativamente Santocildes, y entónces el general frances se alejó de la plaza, sin que por eso cesasen sus guerrillas de tirotearse diariamente con las nuestras. Así se prosiguió, hasta que el 21 de marzo pensaron los franceses en formalizar el sitio.

Habiase arrimado hácia aquella parte el general Junot, duque de Abrantes, encargado del mando del octavo cuerpo, vuelto á formar de nuevo, y uno de los que habian de componer el ejército que Napoleon destinaba contra los ingleses de Portugal. Habíendose Santocildes opuesto á recibir un pliego que Junot le expidiera, comenzó desde luego este los trabajos del sitio. Impidieron su progreso los cercados, y aun el 26 rechazaron una tentativa de los sitiadores sobre el arrabal de Reitibia. Escaseaban los españoles de cañones, y los que habia solo eran de menor calibre: careciase tambien de municiones; abundaba sí el entusiasmo de la tropa y del paisanage. Por ambos lados escaramuzaba sin cesar, manteniendo los sitiados la esperanza de ser

socorridos por el general Mahy que permanecia en el Vierzo, cuyas avenidas observaban atentamente los franceses, trabándose á veces pelea entre unos y otros.

Miéntas tanto concluida el 19 de abril la batería de brecha, rompieron los enemigos el fuego en el siguiente dia con piezas de grueso calibre, y se dirigieron contra la puerta de Hierro, por donde apor-tillaron el muro. Con las granadas se incendió la catedral, quemándose parte de ella y varias casas contiguas. El vecindario y la guarnicion se defendian con serenidad y denuedo. Practicable á poco tiempo la brecha, aunque Junot intimó por segunda vez la rendicion, amenazando pasar á cuchillo soldados y moradores, se desechó su propuesta y se prepararon todos á repeler el asalto. Emprendiéronle los enemigos, embistiendo á la misma sazón que la brecha abierta en la puerta de Hierro, el arrabal de Reitibia. Duró el ataque desde la mañana hasta despues de obscurecido. Los sitiados rechazaron con el mayor valor todas las acometidas, sin que los franceses consiguiesen entrar la ciudad. Vecinos y militares se mostraban resueltos á insistir en la defensa, mas desgraciadamente era imposible. Ya no quedaban sino 24 tiros de cañon, pocos de fusil; estando ademas desfogonadas las piezas y rotas sus cureñas. En tal angustia, reunidas las autoridades determinaron la entrega. Solo en el ayuntamiento hubo un anciano de mas de 60 años, y de nombre el licenciado Costilla, imagen por su

esfuerzo de los antiguos varones de Leon, que levantándose de su asiento prorumpió en las siguientes y enérgicas palabras: „Muramos como Numantinos.”

Decidida la rendicion, se posesionaron los enemigos de Astorga el 22 de abril, en virtud de capitulacion honrosa. Computóse la pérdida que experimentamos en aquel sitio en 200 hombres; superior la de los contrarios.

De esta manera los franceses de Castilla asegurando poco á poco su flanco derecho, y teniendo en suspenso las provincias del norte mientras José ocupaba las Andalucías, se disponian al propio tiempo, según veremos en el libro próximo, á invadir á Portugal.

Aragon. Por su lado Suchet trató en Aragon de llamar igualmente la atencion de los españoles, moviéndose hácia Valencia. Antes habia este general ocupádose en sosegar su provincia, y sobre todo Navarra, cuyo reino bastantemente tranquilo en un principio, comenzó á rebullir en tanto grado, que con trabajo transitaban los correos franceses, y apenas era reconocida la autoridad intrusa fuera de la plaza de Pamplona. *Mina el mozo.* Mina el mozo causaba tamaña mudanza. Obedecido por todas partes, y nunca descubierto ni vendido, dominaba la comarca, y aun obligó en enero al gobernador de Navarra á entrar con él en tratos para el cange de prisioneros.

Disgustado el gobierno frances con tener á sus

puertas tan osado enemigo, encomendó al general Suchet el restablecimiento de la tranquilidad en Navarra. Burló Mina por algun tiempo con su diligencia y maña los intentos de los franceses, y especialmente los del general Harispe, encargado en particular de perseguirle. Acosado al fin no solo por este, sino tambien por tropas que se destacaron de hácia Logroño y otras que salieron de Pamplona, desbandó su gente y ocultó sus armas, aguardando reunir de nuevo aquella luego que los enemigos le dejasen algun respiro. La osadía de Mina era tal, que aun despues, yendo Suchet á Pamplona con objeto de arreglar la administracion francesa, bastante desordenada, disfrazóse de paisano y se metió cerca de Olite en un grupo, deseoso de ver pasar en el tránsito al general su contrario. Arrojo á que tambien impelia la seguridad con que era dado recorrer la tierra á los españoles que guerreaban contra los franceses.

El general Suchet, compuestas las cosas de Navarra y llegando allí de Francia nuevas tropas, tornó á Aragon disponiéndose á invadir el reino de Valencia. Proyecto que le fué indicado por el príncipe de Neufchatel, quien finalizada la campaña de Austria, volvió á desempeñar el empleo de mayor general de los ejércitos franceses en España, no obstante el mando en gefe dado al rey José: complicacion de supremacías que causaba, por decirlo de paso, encontradas resoluciones, señaladamente en las provincias rayanas de Francia. Modificáronse

Expedicion
de Suchet sobre
Valencia.

al parecer por otras posteriores las primeras insinuaciones que respecto á Valencia habia hecho el príncipe de Neufchatel; pero no pudiendo tampoco las últimas calificarse de órdenes positivas, prefirió Suchet someterse á una terminante y clara que recibió del intruso, escrita en Córdoba el 27 de enero, segun la cual se le prevenia que marchase rápidamente la vuelta del Guadalaviar. No llegó el pliego á manos de Suchet hasta el 15 de febrero, siendo dificultosa la travesía por hormiguar los guerrilleros.

Resuelto el general francés á la empresa, dejó en Aragon alguna fuerza que amparase las comarcas mas amenazadas por los partidarios, y fortaleció varios puntos. Tres divisiones en que se distribuian las reliquias del ejército español de Aragon despues de la dispersion de Belchite, llamaban con particularidad su atencion. Era una la que estaba á las órdenes de Don Pedro Villacampa, situada cerca de Vilel, partido de Teruel, en un campo atrincherado, del que no sin trabajo la desalojó el general polaco Klopicki; otra la que cubria la línea del Algas, regida por Don Pedro Garcia Navarro, que luego pasó á Cataluña; y la última, la que andaba entre el Cinca y Segre, á cargo de Don Felipe Perena: divisiones todas no muy pertrechadas, pero que contaban unos 13,000 hombres.

Ascendiendo ahora el tercer cuerpo enemigo con los refuerzos venidos de Francia á 30,000 combatientes, érale á Suchet mas fácil tener en respeto á

los aragoneses, asegurar las diversas comunicaciones, y partir á su expedicion de Valencia, para la cual llevó de 12 á 14,000 soldados escogidos.

Empezó pues á realizar su plan, y el 25 de febrero llegó en persona á Teruel. En consecuencia el general Habert con una columna de cerca de 5000 hombres se dirigió el 27 sobre Morella, debiendo continuar por San Mateo y la costa, y casi al propio tiempo con la division de Laval y la brigada de París, componiendo en todo unos 9000 soldados, partió de Teruel siguiendo la ruta de Segorbe el mismo Suchet. Al ponerse en marcha recibió de París la órden por duplicado (habiendo sido interceptada la primera) de desistir de la expedicion de Valencia y formalizar los sitios de Lérida y Mequinenza; pero tarde ya para variar de rumbo á pesar de la responsabilidad en que incurria, llevó adelante su propósito.

La fama de inminente invasion llegó muy en breve á la ciudad de Valencia, en donde con el temor se desencadenaron las pasiones. El general Don José Caro en lugar de dirigirlas al único y laudable fin de la defensa, fuese miedo, fuese deseo de satisfacer odios y personales rivalidades, dió rienda suelta á todo linage de excesos y á enojosas venganzas. No compensó hasta cierto punto tan reprehensible conducta con activas y oportunas providencias militares: medio seguro de reprimir los malévolos, y de tener en su favor la gran mayoría de los honrados ciudadanos. Un año era corrido desde que Caro

Estado de
este reino y
de la ciudad

mandaba, y ni se habia fortificado Murviedro ni otros puntos importantes, ni el ejército de línea se habia aumentado mas allá de 11,000 hombres. La poblacion en parte se encontraba armada; mas tan oportuna providencia ántes bien habia nacido de la espontaneidad de los habitantes, que de disposicion enérgica de la autoridad superior; flojedad comun á casi todos los gefes y juntas de España, suplida, en cuanto era dado, por el buen seso y ánimo de los naturales.

En tanto las dos columnas francesas avanzaban. La de Morella entró sin resistencia en la villa y ocupó el castillo, abandonado por el coronel Miedes. La de Teruel se aproximó á Alventosa, en donde la vanguardia del ejército valenciano estaba colocada detras del barranco por donde corre el Mijares. Al principio las guerrillas capitaneadas por Don José Lamar alcanzaron ventajas; mas luego recibida orden de Caro de replegarse sobre Valencia, y al tiempo que los franceses trataban ya de envolver la izquierda española, se retiraron los nuestros el 2 de marzo sobradamente de prisa, pues dejaron abandonados cuatro cañones de campaña. Entraron despues los franceses en Segorbe, ciudad que pillaron desamparada por los habitantes.

Llegó el 3 á Murviedro el general Suchet, en donde se le juntó con su columna el general Habert. No estando todavía fortificado aquel sitio, que lo fué de la antigua y célebre Sagunto, se sometió la ciudad, encaminándose en seguida á Valencia los

enemigos, ya mas gozosos por comenzar á competir desde allí el cultivo del hombre con la lozania de la vegetacion.

Segun se iban los franceses aproximando á la ciudad, crecia en ella la fermentacion, y mas se desbocaba Don José Caro en cometer tropelías. Envió á San Felipe de Játiva la junta superior, y creó una comision militar de policia, instrumento de sus venganzas. Cierta que para ellas habia un pretexto honroso en secretos tratos que el enemigo mantenía dentro de Valencia; pero en vez de solo descargar sobre los culpados la justicia de las leyes, arrestáronse indistintamente y para satisfacer enemistades buenos y malos patriotas.

En tal estado presentáronse los franceses delante de Valencia el 5 de marzo, estableciendo Suchet en el Puig su cuartel general. Ocuparon fuera de muros y á la izquierda del Guadalaviar el arrabal de Murviedro, el colegio de San Pio V, el palacio real, el convento de la Zaidia y otros, extendiéndose al Grao y su comarca en gran detrimento de los pueblos. Intimó el 7 el general Suchet á Don José Caro la rendicion, quien en este caso respondió cual debia. Se mantuvo Suchet hasta el 10 en las cercanias esperando á que estallase en su favor dentro de la ciudad una conmocion; mas saliendo fallida su esperanza y temeroso de las guerrillas que se formaban en su derredor, levantó el campo en la noche del 10 al 11, y retrocedió por donde habia venido.

Maligrasé
á Suchet su
expedicion.